

COMENTARIOS

HUESCA Y RAMON Y CAJAL

Al penetrar en el severo salón de actos del antiguo Instituto, el visitante advierte en el vestíbulo unas lápidas marmóreas dedicadas a dos preclaros alumnos de aquel centro: Costa y Ramón y Cajal. A todos los que hemos desfilado por las aulas del viejo Instituto en los últimos quince años de su existencia docente, nos son familiares estas lápidas que atraían nuestra atención, no ciertamente por su vistosidad, pues son más bien sencillas, sino por el hecho de que aquel pequeño vestíbulo era durante el período más crudo de la estación invernal escenario frecuente de nuestros juegos.

El día 4 de mayo de 1922, no mucho antes de que yo llegase a cursar el primer año de Bachillerato, el Instituto de Huesca, por iniciativa de don Ricardo del Arco, celebró una solemne sesión académica, presidida por el rector de la Universidad de Zaragoza don Ricardo Royo Villanova, otro ilustre exalumno del centro, y en la que pronunciaron doctas disertaciones sobre Costa y Cajal los profesores Del Arco y Alvarez, respectivamente. Al final de la sesión, una de las más brillantes de las celebradas en el antiguo Instituto, fueron descubiertas las lápidas ¹.

Sentí viva curiosidad por conocer la vida y obras de aquellos dos alumnos que habían escalado las cumbres de la fama, pero hasta el tercer curso no me fué posible realizar mis deseos. Don Ricardo del Arco, nuestro profesor de Historia de España, con excelente sentido pedagógico, procuraba adiestrarnos en el manejo de la bibliografía, poniendo a nuestra disposición los fondos de la Biblioteca; pude entonces conocer varias obras de Costa y Cajal, entre ellas *Recuerdos de mi vida*, de este último. Con verdadero deleite leí los variados episodios de este libro encantador; algunos de ellos, como el encuentro de Linás y muerte del general Manso de Zúñiga, me eran conocidos por haberlos oído referir cien veces a mis abuelos, pero los referentes a su agitada época de estudiante del Bachillerato fueron para mí una revelación; entre la vida estudiantil de aquellos alumnos de mediados del siglo XIX y la nuestra

no había solución de continuidad; el mismo escenario, casi las mismas aulas severas y solemnes, la misma pasión por las pedreas callejeras y por las excursiones aguas arriba del Isuela; en fin, esa vida libre, indisciplinada, un tanto anárquica, que ha forjado durante un siglo poderosas individualidades.

RAMÓN Y CAJAL Y EL AMBIENTE OSCENSE.—En un temperamento como el de Cajal, impresionable, romántico, amigo de aventuras y novelerías, la ciudad de Huesca, pletórica de bellezas monumentales, pintoresca y evocadora, había de ejercer, necesariamente, una profunda influencia.

Aunque matriculado en 18 de septiembre de 1863², Santiago no llegó a Huesca hasta enero o febrero del año siguiente, mediado ya el curso; ignoramos la causa de esta tardanza que había de perjudicarle en cuanto a su aprovechamiento y había de dar motivo a los burlones de los últimos cursos para reírse de su famoso gabán. Según nos dice el propio Santiago, su padre lo acomodó en una modesta y tranquila casa de huéspedes, albergue habitual de sacerdotes y seminaristas, situada junto al Arco del Obispo. De este arco, desaparecido a finales del siglo XIX, hablan varios autores, entre ellos, Soler y Arqués, su profesor de francés, que, al describir la plaza de la Catedral, dice lo siguiente: «Desembocan en esta plaza seis calles, una de las cuales lo hace por bajo de un arco de bastante luz en la fachada del palacio»³. Su situación vendría a ser, pues, la de la actual calle de Forment, en sus comienzos.

La impresión que a Santiago le causó la ciudad de Huesca fué gratísima: su sensibilidad artística encontró en los viejos monumentos oscenses campo donde extasiarse. Por otra parte, le agradó sobre manera el pintoresco paisaje oscense, sobre todo, «las frondosas alamedas y sotos del Isuela, paraíso de mariposas y pájaros, entre los cuales brillaba la elegante oropéndola» (*Recuerdos de mi vida*, edic. 1923, p. 53); en ese verdadero parque natural, grato lugar de esparcimiento, inolvidable para la mayoría de los oscenses, hoy por desgracia en trance de desaparición, comenzó a admirar la soberana hermosura del reino de las plantas y de los insectos y a escuchar los sordos y misteriosos rumores de la vida animal en perpetua renovación.

Profunda impresión causaría a Santiago el Instituto Provincial; la severidad de las aulas, la belleza serena de su patio, uno de los más hermosos de España, el prestigio de sus recuerdos universitarios abrirían nuevos horizontes a su espíritu, ávido de sensaciones. La disposición de las aulas, salvo ligeras variaciones, era semejante a la actual; a la derecha, se hallaba la escalera que conduce a la sala de los Consejos, la Secretaría, Sala de profesores, Dirección, Biblioteca, Gabinete de Historia Natural, con mil seiscientos ejemplares, y aula de Religión; a la

izquierda, cinco cátedras y el Gabinete de Física y Química, con seiscientos aparatos ⁴. Más de una vez, el inquieto Santiago hubo de purgar faltas colectivas «en cierta cárcel escolar, especie de cuadra, dispuesta desde hacía tiempo para encerrar durante veinticuatro horas a los revoltosos más contumaces» (p. 55); existía, frente al Instituto, en las casas de los bedeles, un oscuro calabozo, utilizado durante el período de la Universidad, pero creo que Cajal se refiere, más bien, a una sala, aprovechada como encierro a finales de siglo, situada junto a la escalera de la sala de los Consejos y a la que se entraba por la portería.

No es difícil identificar los lugares citados por Ramón y Cajal como teatro de sus juegos estudiantiles; la conocidísima era de Cáscaro, tan frecuentada por él, ha sido durante muchos años el lugar elegido por la juventud oscense para sus juegos a causa de su típica posición junto a las murallas, fáciles de escalar por esta parte; no hace muchos años, su propietario la convirtió en predio cerrado. El «callejón próximo al Instituto, ordinario palenque de nuestras trifulcas» (p. 74), en el que Santiago ejercitaba su bien probada puntería, es indudablemente la calle de la Universidad, que por su especial topografía se presta maravillosamente para esta clase de luchas.

Aunque de la lectura de los recuerdos de Ramón y Cajal y del expediente de sus estudios, que nos da a conocer el doctor Dolç, se deduce su escaso aprovechamiento, no es de creer que su paso por el Instituto fuese estéril. Algunos de sus profesores, sobre todo, Serafín Casas, Cosme Blasco y Carlos Soler Arqués, eran excelentes pedagogos y hombres de vasta cultura, autores de obras científicas y de erudición. Por otra parte, el mismo Cajal menciona varios de sus libros de texto: el Álgebra de Vallín y Bustillo y la Psicología de Monlau, lo que indica una indudable supervivencia de la cultura adquirida en las aulas oscenses. No sería difícil completar la lista de sus textos; en Historia Natural, llevaría el manual de Serafín Casas; en Francés, las «Lecciones» y «Versiones» de Soler Arqués; a la vista tengo la segunda edición de estos textos, que llevó mi padre durante el cuarto curso de Bachillerato, excelentes, bien graduados, muchos de cuyos ejercicios se repiten todavía en las obras de este género.

En cuanto al ambiente político, Santiago encontraría en Huesca un predominio de las ideas liberales, no tan acusado como en Ayerbe, pues existían fuertes minorías tradicionalistas. El acusado matiz liberal de la comarca oscense durante el siglo XIX era debido a causas muy complejas, pero, sobre todo, al arraigado amor a la libertad, característico de los aragoneses de todas las épocas. Su pupillage en casa del señor Acisclo, el barbero de la Correría, le puso en contacto con liberales exaltados y demócratas revolucionarios. Sin temor a equivocarme,

podría señalar muchos de los clientes de aquella barbería, amigos de trapatiestas y pependencias: Borrés, el miliciano, el zapatero Langlara, Judías, el sombrerero, etc.⁵

Indudablemente, el medio oscense influyó mucho en la formación del carácter de Ramón y Cajal; de una parte, el ambiente de clásica serenidad del antiguo Instituto y sus recuerdos universitarios que, al decir de Soler y Arqués, daban a la ciudad su atractivo principal; de otra parte, aquella vida estudiantil, indisciplinada y libre, emocionada y romántica, de la que Santiago ha sido el único cronista. Que hombres como Costa, Cajal y Mallada coincidan en tantos aspectos es buena prueba de que su carácter ha sido moldeado, más de lo que a primera vista pudiera parecer, por el ambiente de la ciudad, pletórico de añejas tradiciones culturales. El hecho de que Ramón y Cajal escribiese en Huesca a los catorce años su primera novela y su clásico tratado de estrategia lapidaria demuestra que, como él mismo dice, aquí germinó su curiosidad científica y literaria.

Las páginas dedicadas en sus *Recuerdos* a narrar su vida en Huesca demuestran de qué forma el espíritu de la ciudad influyó en Santiago. Aquí advirtió, por vez primera, la diferencia entre la aldea y la *civitas*. «Todo es diferente, cualitativa y cuantitativamente, entre la aldea y la urbe; las calles se alargan y asean; las casas se elevan y adornan; el comercio se especializa...; las sobrias iglesias románicas se transforman en suntuosas catedrales; en fin, por vez primera las librerías aparecen: con ellas se abre una amplia ventana hacia el Universo» (p. 53). Gracias a Cajal conocemos aspectos sumamente interesantes de la vida oscense de mediados del siglo XIX, sobre todo, de la vida docente. Precisamente, los capítulos dedicados a Huesca y a su Instituto son quizá los más interesantes de sus memorias. Aunque el autor, en un ejemplar dedicado a don Ricardo del Arco, dice que aquellas «travesuras infantiles, escritas para un público de condiscípulos y amigos, que han desaparecido ya, carecen de interés», es lo cierto que, aparte su valor pedagógico, constituyen un documento de gran valor para el conocimiento de la Huesca decimonónica.

CAJAL Y EL AMBIENTE RELIGIOSO DE LA CIUDAD.—A diferencia de Unamuno, Cajal no gusta de exponer sus preocupaciones ontológicas, pero nos engañaríamos mucho si creyésemos que vivió de espaldas a estos problemas, indiferente a lo que el catedrático de Salamanca llamaba la única cuestión; al contrario, pese a sus esfuerzos, en todas sus obras se trasluce su preocupación religiosa, su ansia de infinitud y de eternidad.

¿Influyó su estancia aquí, en este orden de cosas? Como es sabido,

Huesca es una ciudad profundamente religiosa; cualesquiera que hayan sido sus ideas políticas, la inmensa, abrumadora, mayoría de los oscenses, sin excluir, claro está, los del siglo XIX, han demostrado una fe profunda. En este ambiente vivió Santiago los años de su adolescencia, sin que ningún hecho turbase por entonces la paz de su conciencia. En las aulas del Instituto, Santiago no escuchó ninguna doctrina que pudiese hacer vacilar su fe, al contrario, de labios de sus profesores, todos ellos, creo que sin excepción, fervientes católicos, oyó, más de una vez, fervorosas apologías de la verdad religiosa. Precisamente, uno de ellos, don Vicente Ventura, dejándose llevar por su fogosidad tribunicia, solía lanzar apóstrofes, vibrantes de apostólica indignación, contra el error materialista y la impiedad filosófica. Quizá sus duras censuras fuesen excesivas, pues, según dice Cajal «a fuerza de execrar a los racionalistas, casi nos resultaban simpáticos» (p. 85); pero esta reacción de Santiago, tal vez, un poco exagerada en sus recuerdos, no tuvo consecuencia alguna.

Abundantes son las menciones que Cajal hace de las iglesias oscenses, pero se refieren casi exclusivamente al punto de vista estético; únicamente en su visita a la iglesia de San Pedro el Viejo, el templo más antiguo de la ciudad, se trasluce una cierta emoción religiosa; allí, dice, «hirió, quizá, por vez primera mi espíritu» el pensamiento de lo efímero y vano de toda pompa y grandeza, sorprendiendo de cerca ese perpetuo combate entre el espíritu que aspira a la eternidad y los impulsos destructores de los agentes naturales (p. 54). Si la influencia del ambiente oscense pesó algo en la solución de su problema religioso, es seguro que le inclinaría a la ortodoxia. De todas formas, dos principios básicos habían de orientar a Ramón y Cajal: su fe en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma (p. 163).

A partir de sus estudios universitarios, Santiago se interesa por los problemas trascendentales, que habían de preocuparle durante toda su vida; de aquí sus rápidas incursiones por el campo de la Filosofía. Como Unamuno, busca desesperadamente su supervivencia mediante la fama póstuma. Después de su regreso de Cuba, en la época más sombría de su existencia, siente la amargura de morir sin dejar rastro de sí ni en los libros ni en las almas; aquí reside el fundamento de su afán investigador y su orientación hacia el magisterio. Paralelamente, trata de sobrevivir mediante su incorporación a lo colectivo; de ahí su pasión patriótica. Siempre me ha parecido que su cariño a la Patria, tan reiterado, tan machaconamente expuesto, enmascaraba un problema mucho más trascendental. La clave nos la da el mismo Ramón y Cajal al hablar de su concepto de los deberes patrióticos (p. 144).

Pero ni la docencia, ni la investigación, ni el patriotismo han podido

llenar sus ansias de supervivencia; solamente la solución ortodoxa del problema religioso abrirá el camino a su esperanza. Seguir paso a paso la evolución de sus sentimientos religiosos, no es propio de la brevedad de este comentario; para nuestro objeto, basta dejar sentado que, al final de su vida, aquel luchador infatigable ha emprendido la última, decisiva y trascendental batalla de su existencia y que su estancia en Huesca ha podido influir, seguramente, en la solución de su problema religioso, en sentido ortodoxo.

FEDERICO BALAGUER

1. Véase el folleto titulado *Homenaje del Instituto General y Técnico de Huesca a Costa y Ramón y Cajal* (Huesca, 1922).
2. Ver el expediente de sus estudios que publica el doctor Dolç en este número.
3. CARLOS SOLER Y ARQUÉS, *Huesca Monumental* (Huesca, 1864), p. 203.
4. *Ibidem*, p. 221.
5. Me valgo de relatos familiares, oídos a mis abuelos que tenían casa y tienda en la calle de la Correría; se trata de la armería en la que los dos hermanos Cajal compraron su famoso pistolón. GREGORIO GOTA HERNÁNDEZ publicó en «El Diario de Huesca» varias anécdotas de los personajes citados en el texto.